

El peso de la Alteridad: límites e incentivos para la participación en las acciones colectivas de diciembre del 2001

Couso, Claudia, claudiacouso@hotmail.com;

Ferreira, Luisa, luuu_ferreira@hotmail.com

Gryncweyg, Nicole, nicolegryncweyg@gmail.com

Maciel, Romina, romina.maciel@hotmail.com

Carrera de Ciencia Política- Facultad de Ciencias Sociales.

Universidad de Buenos Aires

Introducción

“La sociedad argentina (o por lo menos una considerable porción de ella) lleva casi dos meses en virtual estado de rebelión social”. Así comenzaba la editorial del diario la Nación del día 17 de febrero del 2002 y continuaba “(...)Todos los días, grupos de personas más o menos nutridos salen a las calles a golpear las cacerolas o a expresar por cualquier otro medio su contundente deseo de que quienes ejercen los poderes del Estado abandonen de inmediato sus cargos. Lo más grave es que no se puede decir que sus reclamos sean inútiles o inoperantes”.

En diciembre del 2001 hubo una transformación en algunas de las condiciones objetivas impuestas por una economía descendiente de un modelo impregnado de políticas neoliberales acaecidas durante la década del noventa y que ya se venían aplicando desde hacía dos décadas atrás. Si bien hasta 1998 se registró un crecimiento de los números de la economía, a partir de ese entonces –y cada vez en forma más abrupta- se entra en un período recesivo que se reflejó en una desocupación que trepó hasta el 21,5% y un índice de pobreza que llegó a alcanzar al 57,5% de la población, producto de un proceso de desindustrialización. Esto trajo también aparejado un descreimiento hacia la política en cuanto principal responsable de las economías implementadas, y de por sus pocos transparentes mecanismos de ejecución. En este sentido, la promulgación del denominado corralito¹ a principios del mes de diciembre provocó el inicio de las protestas que desde diversos sectores se fueron intensificando hasta

¹ Nombre con el que se conoce al decreto que establecía restricciones para el retiro de los depósitos bancarios y que se da con posterioridad a otra serie de medidas que habían llevado a la bancarización aún de los sectores más informales de la economía.

producir –entre sus efectos más evidentes- la caída del gobierno de De la Rúa. Este clima de fervor social impulsó la participación de muchas personas que hasta ese momento no se habían sentido motivadas a involucrarse en acciones colectivas, destacando así un rol protagónico del poder de la ciudadanía, que a través de diferentes formas de manifestación y organización, respondían al problema social gestado. Teniendo en cuenta dichas consideraciones es que el presente trabajo tiene como objetivo el hacer un análisis acerca de aquellos “estímulos” y “dificultades” que los propios entrevistados manifestaron encontrar para su participación en las acciones colectivas de diciembre del 2001 a la luz de las identidades expresadas por ellos mismos.

Las conclusiones de este trabajo se basan en el resultado de entrevistas a personas de Capital Federal en el marco de la investigación denominada “La/s Memoria/s de la Crisis de 2001”² y centra su atención sobre los diferentes recuerdos y percepciones que tienen las personas sobre la crisis política, económica y social acaecida hacia finales del 2001. La investigación se da como resultado de un trabajo de campo que incluyó entrevistas semiestructuradas realizadas a hombres y mujeres de entre 35 y 45 años y 55 a 65 que residen en Capital Federal³.

El relevamiento supuso un acercamiento retrospectivo, por lo cuál se apeló a los recuerdos que los individuos conservan de los sucesos estudiados. Esto implica que lo que se reconstruye está moderado por los procesos propios de la memoria que resignifica el pasado desde el presente. Por tanto, vale decir que este trabajo no pretende hacer un análisis de las condiciones objetivas que pudieron haber condicionado –o propiciado- dicha participación durante la crisis del 2001, sino que busca hacer un análisis de las perspectivas que tiene la gente al respecto.

A partir de la estrecha relación entre memoria y percepción asumimos que estas últimas “*no son objetivas, sino que están relacionadas estrechamente con las valoraciones y decodificaciones que los sujetos hacen de lo que perciben*” (Masseroni, 2006), considerando entonces al recuerdo, como un proceso que se encuentra condicionado por la experiencia personal y el tipo de relación particular que el individuo establece con su entorno.

² Las mismas fueron realizadas por el grupo de estudio de la materia "Técnicas de Investigación" de la Carrera de Ciencia Política- Facultad de Ciencias Sociales- UBA .

³ La elección de diferentes rangos de edad pretende posibilitar la exposición de personas que en ese momento se encontraban en diferentes etapas de su vida y por ende con diferentes desarrollos y responsabilidades económicas y/o de tipo familiar. La delimitación del estudio a Capital Federal responde a su vez, a las peculiaridades en las condiciones y respuestas de la sociedad ante esta crisis en esa zona.

Entendemos además a la memoria individual como un punto de vista particular de la memoria colectiva, en donde los puntos de vista o dimensiones de la memoria colectiva varían conforme el lugar que los individuos ocupan en la sociedad, dependiendo a su vez del tipo de relaciones que éstos entablan con los diversos medios sociales (Halbwachs, 1991). Teniendo en cuenta estos procesos de la memoria, queda reafirmada la distancia existente entre la/s percepción/es acerca de cómo los acontecimientos son percibidos y los sucesos en si mismos.

Las protestas sociales durante la crisis

Como ya se ha señalado, los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre, que culminarán con la permanencia en el poder del presidente electo Fernando De La Rúa, fueron el producto de una crisis económica que tenía su génesis en la década del '90. Sin embargo la inestabilidad económica alcanza su punto más álgido cuando a principios de diciembre del 2001, el ministro de Economía Domingo Cavallo, anunció la medida de restringir la extracción de dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorro: esto provocó consecuencias económicas tangibles tales como la falta de liquidez -que afectó al conjunto de la población-, y la incautación de los depósitos (y que perjudicó tanto a aquellos que se encontraban bancarizados a partir de sus actividades como así también a los que contaban con ahorros o depósitos). En el plano social se intensificaron las movilizaciones sociales, además de los saqueos a comercios: tanto los sectores más pobres como la clase media, se manifestaban en contra de las medidas del gobierno y de la ineficiencia que le adjudicaban a la clase política para resolver los problemas económicos y el caos social que la situación ocasionaba. En términos políticos la consecuencia más inmediata fue la caída del ya debilitado gobierno de Fernando De la Rúa: el 19 de diciembre ante una ola de saqueos el gobierno nacional decide implementar el “Estado de Sitio” ante la indignación de la ciudadanía en general y los sectores medios en particular, que se vuelca a la calle a protestar por la medida, generando la renuncia del gobierno el día 20. En ese sentido, puede ser pensada como una crisis de liderazgo expresada en la consigna del ¡Que se vayan todos! Era una sociedad que no se sentía representada "*ni por los partidos políticos, ni por el Congreso Nacional, ni menos aún por la justicia.*" (Godio, 2006:49) Los efectos que trajeron aparejados fueron la falta de confianza en los políticos, apatía y desinterés por la política. En la práctica esto se puede ejemplificar en la sucesión de 5 presidentes a lo largo de esos días que van desde el 20 de diciembre hasta el 2 de enero.

La protesta social en que buena parte de la sociedad argentina se involucró durante el 2001, puede caracterizarse tanto por su originalidad, como por su marcado ímpetu. Ya desde la década del '90 pueden observarse en nuestro país importantes transformaciones en sus modos e intensidad. Estas mutaciones fueron puestas en evidencia especialmente durante los últimos meses del año 2001: *cacerolazos, escraches, saqueos, asambleas barriales, entre otros tipos de acciones colectivas emblemáticas, representan la "aparición de nuevas formas de lucha, nuevos actores y temas involucrados en esta forma particular de acción política".* (Schuster, 2002), desplazando a los sindicatos que hasta ese momento habían sido las organizaciones que tradicionalmente habían canalizado las demandas de la sociedad frente al Estado durante las etapas democráticas. Esta intensificación y diversificación de las protestas sociales tuvieron lugar sobre la base de un importante entramado de conflictos que alcanzaban las esferas políticas, económicas y sociales y que venían forjándose desde mediados de los años '90 y que culmina con la crisis de 2001, traducida en; recesión económica, desempleo, desconfianza generalizada del pueblo en la capacidad del gobierno de manejar los problemas económicos, aumento de la inseguridad y la delincuencia, entre otros (Schuster, 2002). Las nuevas formas de acción colectiva germinadas en anteriores décadas concentraron en el 2001 una multiplicidad de reclamos desde diferentes sectores de la sociedad y se plegaron en la final caída del gobierno.

Límites y motivaciones a la participación social

Existe un amplio consenso desde las diferentes corrientes teóricas que abordan el tema de las acciones colectivas y que señalan que para que las mismas se produzcan no alcanza con que existan condiciones injustas (algo que ocurre en todas las sociedades) sino que además se deben dar otras circunstancias que acompañen esta situación. Según Tilly (1978), entre estas circunstancias posibilitadoras se encuentran: i)-la existencia de intereses comunes en al menos un grupo importante de la sociedad; ii)- un grado de organización mínimo; iii)- la posesión de recursos que permitan emprender la acción y la oportunidad política que de viabilidad a estas acciones. Smelser (1962) señala además, la importancia de que se pueda distinguir una tensión estructural que produzca en los individuos situaciones de descontento y frustración, además de una creencia generalizada que defina la situación y permita señalar a responsables de la misma

De todos modos, a nivel individual también podemos hablar de ciertos factores que se pueden considerar ya sea como facilitadores u obstaculizadores (según cada caso en particular) en la decisión que se tome sobre si participar o no en una acción colectiva determinada. Así, la definición que se hace del problema social que se pretende resolver, la identidad, las expectativas y sentido de eficacia atribuido a las protestas, la impresión de universalidad que nos proporcionan los reclamos, las ideologías y valores, el temor la evaluación sobre la situación o momento político, la influencia de medios de comunicación y los intereses particulares de cada uno –además de sus predisposiciones individuales- hacen que los individuos se sientan o no predispuestos a participar.

A partir de las respuestas proporcionadas por nuestros entrevistados, es que podemos hacer una distinción sobre cuáles son las razones que los mismos señalan para explicar sus decisiones de formar parte o no de las protestas de diciembre del 2001. La identidad, el impacto que produce la movilización de multitudes y la indignación ante hechos puntuales de la coyuntura -además de la definición del problema social- incentiva a la gente a sumarse a las protestas. En cambio, son los temores que generan la propia situación y la falta de perspectivas de cambios a futuro lo que limita que la gente se involucre. Podemos decir, que en diciembre del 2001, la identidad juega un papel preponderante en los incentivos que los entrevistados manifiestan a la hora de manifestar su adhesión a la protesta. En algunos casos, esto redundo a una participación activa, mientras que en otras personas, factores tales como el miedo, las circunstancias particulares, la poca predisposición personal, etc. han hecho que la misma no se hiciera efectiva.

“la “gente común” era la que constituía el grueso de la protesta: “... era toda gente común, y fue una de las manifestaciones que verdaderamente no fue politizada, fue la gente. No eran partidos políticos, por supuesto que estarían, pero el grueso de la movilización no. Aparte salían por los barrios.” (Carlos, 58 años), “la gente estaba con alegría haciéndolo porque se sentía unida a otro ciudadano” (María, 63 años) “yo sentía que no podía dejar de participar de alguna manera de algo que para mí era una movilización popular” (Sofía, 64 años).

Si bien la pertenencia a una clase social determinada no constituía un objeto de análisis al que se hubiera apuntado en un principio, apareció como significativa la relación entre protestas y movilización de las clases medias, en tanto que a su vez también la identidad con las acciones colectivas llevadas adelante (y con la gente que en ella se manifestaba) surgió con fuerza a lo

largo de todo el trabajo de campo, lo cuál nos llevó a adentrarnos en el análisis de esta relación.

El peso de la identidad

¿Qué entendemos por identidad?

Ya se ha señalado que la existencia de un problema social, la percepción del mismo, y la presencia de circunstancias propicias son condiciones necesarias pero no suficientes para el surgimiento de la protesta: la gente debe además sentirse identificada con las demandas, consignas y con el resto de la gente que lleva adelante los reclamos.

Con identidad social o colectiva nos estamos refiriendo a como un grupo es percibido por sus propios miembros. Se trata de un concepto autorreferencial. Es la imagen que el grupo tiene de si mismo y que deriva de los intereses comunes y la solidaridad entre sus miembros (Taylor, 1989) y es construida en la interacción por todos aquellos miembros del grupo que se identifican con él (es decir, que comparten una misma identidad social) y dirigen una acción concertada hacia un objetivo común (Javaloy, 2001).

Repasando las entrevistas realizadas puede pensarse que la identidad situacional ha jugado un rol sustancial en las protestas del 2001, entendiéndose por tal aquella identidad que se construye en la multitud, aunque sobre la base de una identidad social previa (Javaloy, 2001).

La pregunta que nos debemos hacer en este caso es ¿A que hace referencia la gente cuando busca sentidos de pertenencia? ¿Como es que se define? ¿Qué “es”? ¿Qué “no es”? En primer lugar, hay que señalar que cada persona responde a múltiples identidades porque también es portadora de múltiples pertenencias. Brubaker y Cooper (2001) advierten sobre que se le podría pedir a alguien que se identifique a si mismo, que se autocaracterice, que se ubique frente a otros, que lo haga dentro de una categoría y que *“en escenarios modernos que multiplican las interacciones con otros a quienes no conocemos personalmente, son particularmente abundantes tales ocasiones para la identificación. (...) La manera en la que uno se identifica –y la manera en que uno es identificado por otros- puede variar mucho de un contexto a otro; la identificación del “yo” y la identificación del “otro” son fundamentalmente situacionales y contextuales”*. De todos modos, se debe señalar que la afiliación a un movimiento social determinado o la adhesión a determinada forma de protesta se da como resultado de la búsqueda de un nuevo grupo de referencia que –entre otras cosas-

dictara su conducta normativa. Sherif y Sherif (1974). Este no necesariamente se constituye en un proceso consciente en cada individuo, sino que la aceptación de ciertas premisas que guían la acción y que se encuentran apoyadas en un marco ideológico son los que nos llevan a realizar la afirmación acerca de la implícita conformidad de los individuos con los valores que rigen el *modus operandis* del grupo frente a la coyuntura. Además, tal como dice Reicher (1982) *“la gama de conductas colectivas posibles estará limitada por aquellos atributos que definen la categoría a la que pertenecen los participantes, es decir, por la ideología asociada a la categoría”*. Este autor sigue diciendo que *“la fuerza motivadora de la identidad social no dará lugar a cualquier tipo de acción ya que su contenido estará limitado por la continuidad histórica y cultural de la categoría que representa”*. Y la ideología no solo se ve plasmada en el tema de cómo se opera ante la realidad sino también en lo que se refiere a la percepción de la misma. En otras palabras, cuando nos referimos a los movimientos sociales pensamos en situaciones injustas que tienden a ser subsanadas, detenidas o revertidas a través de la acción colectiva. Pues un tema de vital importancia es saber justamente cuando una situación es percibida como injusta: podemos decir que básicamente se trata de desigualdades ilegítimas (Major, 1994). No son todas las identidades que cada individuo porta las que se ponen en juego cuando se realiza una protesta sino aquella que lo convoca al espacio correspondiente. Queda clara entonces la heterogeneidad que se da en la actualidad en las grandes urbes multiculturales. Hemos señalado ya que en la gran ciudad, los actos de gobierno y el discurso de los medios reúnen en totalidades imaginarias los fragmentos dispersos del tejido urbano. También encontramos que la ciudad logra existir, por momentos, en la solidaridad. En este contexto nos volvemos a preguntar cuál es la identidad prevaleciente en los acontecimientos de diciembre del 2001 y no hay lugar a dudas cuando se menciona la pertenencia a la clase media como constitutiva de la característica a partir de la cuál se podía caracterizar a los participantes y a partir de la cuál se logra la identificación entre los propios entrevistados y la gente que participaba de la protesta: En la casi totalidad de los entrevistados no existe duda alguna que las protestas de diciembre del 2001 –y más específicamente los cacerolazos y las marchas- han sido demandas llevadas adelante por la clase media a la que se le atribuye su participación a partir de los perjuicios que sufrió en su economía y condiciones de vida: *“... y eso fue básicamente la clase media. Y mucha clase media que tenía el ahorro metido en los bancos, con la pesificación y qué se yo, y después con la... con la devolución a 1,40 más CER, prefirió eso que a seguir diciendo “que se vayan todos”, o sea, creo que la cosa va por ahí”* (Silvia, 38 años). *“es decir, una persona de clase media, familia típica, no se mete en política, había llegado tan alto el nivel de conflictividad, que esos sectores empezaban a*

participar. Eso recuerdo, el malestar era tan grande que había empujado incluso a estos sectores a la calle” (Isabel, 55 años)

Dicha identidad, lleva implícita además la diferenciación con aquello que no pertenece al grupo. En diciembre del 2001, ser clase media era claramente: no ser clase baja/ no ser clase alta y también posesionarse como parte de la sociedad civil en franco antagonismo con la clase política a la que se cuestionaba. García Canclini (1995) señala el desencanto existente en la ciudadanía con los grandes relatos, abarcando no solo a la clase política sino a todos los actores nacionales. Responsabiliza de esto al Estado de Bienestar, mientras que Tubino (2004) va aún más lejos, y considera que es en realidad un fracaso de las democracias liberales y el proyecto que lleva implícito la modernización: *“existen tensiones y conflictos interculturales que surge de la incapacidad de las democracias liberales para incluir social y políticamente a las culturas subalternas en la vida pública ya que (...) les niega validez y las coloca como resistencias u obstáculos para el progreso social. (...) Las sociedades no tienen una, sino muchas maneras de desarrollarse... (...) La modernización sin embargo concibe como válido sólo el modelo de vida que propone”. “Hay una occidentalización soterrada, cuando no explícita, del proyecto modernizador”. “La Modernidad fracasa en el Hemisferio Sur porque no logra aproximarnos a sus promesas de equidad social, tolerancia cultural, libertad política y solidaridad social. Pero fracasa sobretudo porque al ahondar las desigualdades en nombre del igualitarismo abstracto genera un clima de animadversión colectiva y una cultura de la frustración. La modernidad es un proyecto trunco porque contradice en lo concreto sus ofertas ideales”. “Los procesos de modernización han generado en el Hemisferio Sur, sociedades asimétricas sin precedentes”. (Tubino 2004: 2). García Canclini (1995) coincidiendo con este punto de vista, centra su mirada en el acceso a los bienes de consumo y la etapa neoliberal en la que se plasma de forma más evidente el descontento político: *“la cultura política se vuelve errática: desde que se desvanecieron los relatos emancipadores que veían las acciones presentes como parte de una historia y búsqueda de un futuro renovador, las decisiones políticas y económicas se toman siguiendo las seducciones inmediatistas del consumo, el libre comercio sin memoria de sus errores...(...). Una visión integral también debe dirigir la mirada hacia los grupos donde las carencias se multiplican. El modo neoliberal de hacer la globalización consiste en reducir empleos para reducir los costos, compitiendo entre empresas transnacionales que no se sabe desde donde se dirigen, de manera que los intereses sindicales y nacionales casi no pueden ejercerse. Todo esto lleva a que más del 40% de la población latinoamericana esté privada de trabajos estables y**

seguridades mínimas (...) ... hay pocas razones para estar contentos mientras lo que llega de todas partes se ofrece y se disemina para que algunos tengan e inmediatamente olviden". Además, según este autor las sociedades civiles aparecen cada vez menos como comunidades nacionales, entendidas como unidades territoriales, lingüísticas y políticas. Se manifiestan más bien como comunidades interpretativas de consumidores que les dan identidades compartidas. Esto, si bien conforma comunidades con pautas que se pueden establecer como comunes a las personas de cada una de las diferentes poblaciones, presenta un nuevo panorama que no puede ser "leído" ni "interpretado" a partir de los grandes relatos que habían prevalecido hasta ese momento. En este nuevo paisaje, son los medios de comunicación los que adquieren un nuevo protagonismo: *"Desilusionados de las burocracias estatales, partidarias y sindicales, los públicos acuden a la radio y la televisión para lograr lo que las instituciones ciudadanas no proporcionan: servicios, justicia, reparaciones o simple atención (...). La escena televisiva es rápida y parece transparente; la escena institucional es lenta y sus formas (precisamente las formas que hacen posibles las instituciones) son complicadas hasta la opacidad que engendra la desesperanza"* (García Canclini, 1995).

Las condiciones económicas y sociales y la ineficiencia de la clase política para resolver estas dificultades confirmaron estas apreciaciones a las que nos venimos refiriendo: *"...y la gente que sabe que la cacerola asusta casi tanto como un rifle y en realidad ese "que se vayan todos" es "estamos hartos de los mismos políticos de siempre, de las mismas promesas incumplidas y de seguir sin trabajo y sin poder mirar hacia el futuro con esperanza"* (Silvia, 38 años). Enfrentándose a una situación que no parecía tener fin en su caída, y "viendo la realidad" a partir de lo que mostraban los diferentes medios de comunicación: *"Y la televisión mostraba mucho todo lo que pasaba con la gente, como te dije la represión en plaza de mayo, como se golpeaba a mansalva, el desastre de esa represión ilegal, también los saqueos, lo que pasaba con la Asunción de los distintos presidentes...Era lo que se veía si prendías la tele en esa época, algo relacionado a la crisis veías, la gente en la calle con las cacerolas, eso se mostraba mucho también"* (Agustín, 58 años). A partir de ello, la gente empieza a sentirse parte de una ciudadanía que no quiere tolerar más la situación y que decide actuar. En esta nueva forma de constitución social y de forma de ser ciudadanos, no es necesaria una organización social previa que permita conformar la protesta, ya que *"para actuar en sintonía y colectivamente ya no es necesario que los hombres se agrupen en un sitio determinado. Los*

*medios de comunicación redimensionan la relación de proximidad- distancia*⁴. (Ortiz 2005: 100) “*Me acuerdo de las manifestaciones, los piqueteros, los cortes de ruta, los cacerolazos de la semana atrás, los medios de comunicación atacando al gobierno, incentivando a los ehh...cacerolazos*” (Miguel Angel, 44 años)

Podemos decir además, que tal cuál señalaría Manuel Castells (2001) podríamos denominar a esta identidad que los ciudadanos presentan en diciembre del 2001 como una “*identidad de la resistencia*”, entendiendo como tal a aquellas “*generadas por aquellos actores que se encuentran en posiciones y condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad*”.

“*La gente se expreso, creo no alcanza pero que por lo menos se dio un mensaje de cansancio*” (Hugo, 55 años) , “*...también los disturbios que empezaron a haber que podía eh... en ese momento afectar la integridad física de ellos de alguna manera, y obviamente de toda la gente en si, viste ... era como que la gente dijo ¡Basta! Y...y había una...una especie de, de enojo de todas las personas que como si estuviéramos al borde de una guerra civil*” (Isabel, 55 años)

Por su parte Melucci (1989) ha incorporado al concepto de identidad colectiva el criterio de “*orientación a la acción*”, considerando a dicha identidad como condición previa para la conformación de cualquier “*acción colectiva*” y como “*clave en la comprensión de su dinámica*” y que tiene en cuenta el campo de límites y oportunidades en que estas se desarrollan.

La identidad como un proceso de alteridad/ y otredad

El reconocimiento que se busca a través de la identidad tiene dos interlocutores: el propio grupo al cuál se pertenece, y el exterior del mismo. Este reconocimiento de partes (interior y exterior) se logrará marcando el carácter distintivo del grupo, poniendo en relevancia sus atributos y su carácter positivo y considerándose a si mismo como una totalidad, es decir

⁴ En este sentido creemos que esto no significa darle una autoridad prescriptiva a los medios de comunicación sobre el comportamiento de la ciudadanía, sino que coincidimos con Landi (1992) en sus críticas a la pasividad de las audiencias que se ubican en “*una larga tradición apocalíptica sobre los efectos de la televisión*” que plantean algunos autores.

otorgándole “un sentido de que uno constituye un todo integrado y coherente que se mantiene estable a través del tiempo, con continuidad temporal” (Javaloy, 2001), la misma se “construye como diálogo e intercambio, ya que es ahí que los individuos y los grupos se sienten despreciados o reconocidos por los demás. Las identidades/ ciudadanías modernas se construyen en la negociación del reconocimiento por los otros” (Barbero, 2003)

Otredad

La mayor parte de los entrevistados hacen referencia al componente identitario que prevalecía en las manifestaciones colectivas de diciembre del 2001. Los políticos son vistos como los “otros”, aquellos que según Levitas (1993) son pensados en la presencia de un ser que no entra en la esfera del Mismo, ya que el “otro” responde a aquello que no soy yo, a aquello que es anterior a mí y, gracias a lo cual yo soy quien soy: “...yo hablo con mis amigos –algunos, no todos porque no todos piensan de la misma manera- dicen “quieren subir para robar, quieren subir para poder tener más dinero, para poder coimear”. O sea, hay toda una imagen del político que sube solo para llenar sus arcas. Y eso hace muy descreible a la política hizo pensar que solamente es para tener mejor las arcas (...) Yo no voy a poner en la balanza a todos. Hay una política que en la generalidad de la gente ha dejado de ser creíble (...) Además lo que vos ves, lo que vos sentís y lo que vos vez que hacen, realmente no es para la sociedad. O sea, la gente que está trabajando o no la dejan trabajar para que puedan adelantar sus proyectos o no sé” (Rosalía, 66 años) o como señala Cristina: “Yo creo que la gente, que había puesto muchas expectativas en un cambio de gobierno, ya estaba desilusionada en general. Y no hablo de mi caso en particular porque nunca puse expectativas en la Alianza. Si bien era algo distinto y yo nunca fui menemista, ni se me ocurre, a mí las mezclas de gente que vienen de partidos simplemente para sacar a otro me parece que terminan siendo nefastas, es decir, después terminan peleándose entre ellos. Por lo tanto, no eran mis expectativas las que yo veía que estaban siendo traicionadas, sí las de muchísima gente, y bueno, que intentó creer y se dio cuenta en definitiva que era más de lo mismo”.

Esta otredad incluye a los políticos pero también contempla la relación que estos últimos tienen con los sectores económicamente más postergados, y en donde los pobres son vistos como objetos de la manipulación de la clase política: “Recuerdo perfectamente estar mirando

la información y ver al intendente de Moreno que empieza a avanzar sobre la zona marginal llevando a la gente hacia lo que después fue los saqueos propiamente dichos” (Leonardo, 55 años). Quizás el componente que más claramente evidencia esta identidad es la oposición tanto frente a los políticos como hacia los sectores más pobres a quienes se los identifica como quienes llevaron adelante los saqueos “en donde se llevaban bienes que no eran de primera necesidad” y que constituían “una batalla campal” (María, jubilada de 63 años) o a los que simplemente no se los menciona entre los recuerdos de aquel momento, o se los subsume a un lugar relegado.

Trabajos actuales señalan acerca de la identidad de los porteños reflejan claramente esa diferenciación que las clases medias de la Ciudad de Buenos Aires marcan con respecto a las clases populares: *“Para los porteños, la crisis del 2001 convirtió a Buenos Aires en una suerte de refugio para los sectores de menores recursos y marginales que, desde la percepción mayoritaria, degradan el paisaje urbano. Esta nueva fisonomía social de la ciudad se opone a su anterior conformación en la que predominaban familias de clase media, descendientes de inmigrantes europeos, portadores de valores, características y modos de vida compartidos. El quiebre de esta morfología social encontraría hoy su máxima expresión en la expansión de zonas marginales y el crecimiento de actividades como el cartoneo y la venta ambulante. Esta situación es resaltada entre los sectores más altos de las capas medias, como la intrusión de elementos extraños, y es vivida de una manera perturbadora que llega, en algunas ocasiones, a adoptar contenidos xenófobos y discriminatorios.”*⁵

Esto se manifiesta claramente en lo que es una percepción diferenciada entre la gente que reclama en uno u otro tipo de protestas (adjudicando las marchas a Plaza de Mayo y Cacerolazos a la clase media y los saqueos a los sectores pobres) que reflejó también una opinión específica acerca de cada tipo de reclamo: *“los medios manejaron la situación (...). Hasta pienso que alentaron saqueos. Y la reflexión más sociopolítica, describe por que este país esta como esta: La clase media fue reprimida, cuando la protesta era pacífica, las clases bajas no, cuando violentaron propiedad ajena. La impartición de justicia no es justamente justa en ese caso” (Manuel, 56 años).*

⁵ “Bicentenario, identidad y país federal” Boletín informativo del Laboratorio de Industrias Culturales. AÑO 2 N° 9 –OCTUBRE, 2007. En http://lic.cultura.gov.ar/investigaciones/click/CLICK2-9-Bicentenario_identidadypais_federal.pdf (octubre de 2010)

García Canclini (1995) señala que existen *“Muchas formas de entender la otredad que conviven en una gran urbe multicultural. Esta diferencia y esta grieta suelen ser ‘suturadas’ dentro de cada sociedad mediante relaciones de poder y rituales de cohesión social”*. En la gran ciudad –sigue diciendo este autor- los actos de gobierno y el discurso de los medios reúnen en totalidades imaginarias los fragmentos dispersos del tejido urbano, logrando también existir, por momentos, en la solidaridad.

Existe pues un discurso de la alteridad, de lo que es pensado como propio o ámbito de pertenencia que no logra ser totalmente plasmado en términos de la Nación. Tal como ha señalado Ortiz (2005), tradicionalmente se ha intentado asimilar la cultura popular como un elemento de alteridad: el “Pueblo” como un ideal, una dimensión olvidada pero que se mantiene incólume al mundo de las letras y de la razón. *“Viajar por la cultura popular sería una forma de ‘encantamiento del mundo’, y no propiamente un conocimiento científico de la realidad”*. Sin embargo, y siguiendo el análisis propuesto por el mismo autor, podemos decir que en las circunstancias mencionadas dichas categorías sufren un desencantamiento: *“El eslabón entre lo nacional y lo popular, tan caro a Gramsci, se desdibujó. Ni la nación ‘incompleta’, ni lo popular, ‘auténtico’ o ‘radical’, tienen fuerzas para constituirse en signos de alteridad. No son las metáforas privilegiadas para imaginar el futuro. Con esto no quiero decir que cualquier tipo de alteridad sea hoy imposible. Al fin de cuentas, la modernidad- mundo no es generalizable para el planeta como un todo. En el subsisten zonas contrastantes (y desiguales) con la lógica de la globalización”* (Ortiz, 2005). Ante esto, la ilusión de la clase media como categoría de pertenencia queda plasmada según lo muestran las entrevistas.

Alteridad

Como ya se ha señalado anteriormente la identidad colectiva es *“una definición que el grupo hace de si mismo, teniendo en cuenta los rasgos compartidos que los miembros reconocen como propios de su grupo”* (Javaloy, 2001). La identidad es una construcción que se relata. Se establecen acontecimientos fundadores. Definiciones como las de Taylor (1989) agregan mas elementos conceptuales al decir que *“la imagen que el grupo tiene de si mismo deriva de los intereses comunes y la solidaridad entre sus miembros”*, esta identidad social está en gran parte determinada por el lugar que se ocupa en el sistema, ya que dicha autodefinición es

consecuencia de la interiorización de los valores dominantes en una sociedad (Touraine 1974, 1978). Sin embargo, otros autores como Klapp (1969) señalan de manera inversa, que la participación en diferentes movimientos sociales y acciones colectivas no están dadas por la portación de tal identidad, sino más bien por la búsqueda de la misma: a partir de su intervención el individuo busca *“un sentido de valor y dignidad personal, y un anclaje del yo”*. Sin embargo hay un componente identitario mínimo necesario y que es previo a toda acción permitiéndole emerger (Melucci, 1989) a la vez que le permite tener una continuidad, una base común a sus integrantes y que permanece más allá de las acciones concretas, define las fronteras de los reclamos y las acciones de reclamo aclarando tanto a los ojos de los miembros como a los de sus oponentes quién está incluido y quién fuera a la vez que favorece el desarrollo de creencias comunes y es la clave de la solidaridad para emprender la acción colectiva (Diani, 1992).

“Con la cosa de tomar consciencia de que uno es responsable, de que uno tiene que hinchar desde el lugar donde está para que la cosa cambie, que la cosa cambia de a poco” (Sofía, 64 años).

Lo que es importante señalar a partir de estas apreciaciones anteriores, es que la identidad no es pensada como un elemento estático sino que posee un dinamismo que no solo se trata de una definición compartida, que emerge de la acción conjunta y que basado en el campo de acción contribuye a la vez a construirlo. En lo que se refiere a los atributos, los mismos *“no deben entenderse desde un punto de vista objetivo sino como atributos culturales que han sido interiorizados por los individuos según la forma en que la cultura los ha elaborado”* (Javaloy, 2001). El atributo asumido por los individuos para convertirse en eje de su identidad puede ser muy diverso, la pregunta es: A partir de que atributo ha sido pensada la situación de pertenencia en aquellas personas que han participado en las acciones de protesta de diciembre del 2001? Claramente, y como ya se ha señalado, la pertenencia a la clase media, se haya visto perjudicada por las medidas económicas o no.

A través de la respuesta de nuestros entrevistados la categoría de pertenencia que aparecen como evidentes es la de pertenencia de clase, más allá de que no haya sido definida.

Señala Ortiz (2005) que se suele dar un esfuerzo por parte de los intelectuales para pensar a la cultura popular como un elemento de alteridad. Ella es el espejo en el que se refleja un ser totalmente otro. *“Pueblo”* no significa así una categoría histórica concreta, atravesada por los

conflictos y las contradicciones sociales, sino que se trata de un ideal, una dimensión olvidada pero que se mantiene incólume al mundo de las letras y de la razón. Viajar por la cultura popular sería una forma de “encantamiento del mundo”, y no propiamente un conocimiento científico de la realidad. *“Esta búsqueda de alteridad es el trazo de unión entre cultura popular y nación. Herder fue tal vez el primer pensador que lo explicitó de manera consciente. Al considerar las culturas populares como modales encerradas en si mismas, estrechó su vínculo con las nacionalidades. Cada civilización sería un organismo vivo, íntegro, cuya idiosincrasia expresa la sustancia de un pueblo. El romanticismo retoma esta manera de entender las cosas. Los cuentos, leyendas, cantos y poesía encierran los tesoros de la nacionalidad. El pueblo tiene su alma anidada en lo recóndito de la memoria popular”*. La cultura popular surge entonces como rescate del pasado, contrapuesto al presente, en el cuál las clases dominantes habrían olvidado sus propias raíces. La valorización de lo popular se lleva a cabo en la medida en que la nación es una utopía.

Ya hemos señalado que la categoría que aparece como abarcativa de las identidades presentes en la protesta es la pertenencia de clase. Es evidente que hablar de “clase media” es referirnos a un universo altamente heterogéneo, especialmente en lo económico. Por tanto debemos pensarla como una categoría cultural que basada en ciertos preceptos y oportunidades históricas compartidas históricamente por gran parte de la población (leyes sociales, laborales tempranas, salud, educación que llegaba a sectores importantes de la población, idea de que todos podíamos tener oportunidades, etc.) han perfilado una identidad que se resume en esta pertenencia de clase con la que los entrevistados se sienten identificados.

Por su parte Castells (1997) señala que la característica común que el grupo reconoce como propia es seleccionada del acervo cultural en que viven los individuos y que los mismos permiten construir y otorgar sentido a las acciones proporcionando un objetivo a la colectividad, orientando su acción en una acción determinada que resulta significativa para el grupo. Tal cuál manifiestan Cerruti y Grimson (2008) en el caso de la clase media, su movilización y "compromiso" no respondió sólo a una necesidad económica de los propios manifestantes e integrantes de las organizaciones sociales (no son necesariamente ahorristas, ni indigentes, ni desempleados), sino básicamente a la crisis político-institucional de representación”. Esto ya se vio evidenciado en nuestro trabajo cuando nos referimos a la clase política como externa a las preocupaciones e intereses de la sociedad civil.

Por último, debemos de decir que la alteridad presupone la naturalidad de las demandas del propio grupo. Así se naturalizarán los reclamos realizados por el propio grupo, mientras que con diferentes argumentos se desestimarán o pondrán en duda aquellos que realizan grupos diferentes al de pertenencia. Como señala Ortiz (2005) solemos asociar lo propio con lo “auténtico” construyendo así una identidad idealizada. Cuando se habla de la “espontaneidad” o no de las acciones colectivas del 2001 esto queda claramente ejemplificado: *“El cacerolazo fue toda la clase media. La clase como nosotros, no fue dirigido, fue espontáneo. Alguien dijo “voy a protestar” y se puso a protestar. Protestó todo el país en ese momento, eso fue histórico”* (María 42 años)

Según señala Bevilacqua (2010) *“El estallido de diciembre de 2001 puede pensarse como la manifestación de una crisis de legitimidad (en tanto pérdida de validez intersubjetiva de los elementos que conducen a la obediencia) o bien –en terminología gramsciana- de una crisis orgánica (en tanto cuestionamiento de los modos habituales de constituir la hegemonía) con respecto a un gobierno que, lejos de escuchar las razones democráticas de su apoyo electoral, había ido marcando una continuidad (cada vez más acentuada) con el gobierno anterior, dando lugar a una rotunda descalificación de la dirigencia política, en tanto desvinculada de las preocupaciones ciudadanas”*. Sigue diciendo la autora: que entonces dicha crisis puede ser pensada a partir de dos elementos claves: *“la marginalización de amplios sectores sociales respecto de las reglas de juego vigentes (una creciente masa de trabajadores desempleados que no tenía nada que perder con el derrumbe de la convertibilidad porque no percibía salarios cuyo poder adquisitivo conservar) y la violación de dichas reglas por parte de la dirigencia política (en tanto muchos de los socialmente incluidos se vieron repentinamente enfrentados a la reducción dramática de sus ingresos y a la incautación de sus ahorros por parte del sistema bancario)”*. Coincidiendo con este razonamiento –y el planteado por Cerruti y Grimson- podemos comprender la lógica de identidad que los entrevistados que se identifican como clase media tienen con el resto de los manifestantes de aquel diciembre del 2001 y que le da sentido a sus relatos.

Conclusiones

El presente trabajo tuvo como objetivo analizar aquellos “estímulos” y “dificultades” que los propios entrevistados manifestaron encontrar para su participación en las acciones colectivas de diciembre del 2001 a la luz de las identidades expresadas por ellos mismos.

Si bien no se consideró en un principio indagar acerca de las identidades sociales que los mismos podían referenciar, la idea de pertenencia a la clase media apareció como un elemento subyacente en la mayor parte de las entrevistas realizadas.

Entre los estímulos y obstáculos para la participación en acciones colectivas podemos encontrar una multiplicidad de motivos: la existencia de un problema social, la percepción del mismo, y la presencia de circunstancias propicias, etc.

Sin embargo una de las condiciones fundamentales es la identidad con los otros miembros que llevan adelante la protesta. Esta identificación puede llevar a la participación activa, o al menos generar la empatía para con ella. Repasando las entrevistas realizadas puede pensarse que la identidad situacional ha jugado un rol sustancial en las protestas del 2001.

Esta identidad no logra anclarse en la idea totalizadora de nación, contribuyendo a ello la crisis de representación política que negaba a los sectores ligados al poder la posibilidad de lograr imponer un “gran relato” en términos de García Canclini. Las condiciones socio económicas también hacían poco creíble cualquier forma discursiva que incluyera a los diferentes sectores de la sociedad, ignorando sus diferencias.

Esta identidad, anclada en la pertenencia que los entrevistados referencian con clase media toma un carácter de resistencia ante las medidas del gobierno y su ineficiencia.

También conforman a partir de ello a los otros actores sociales que quedarán por fuera de sus coincidencias (otredad), ahí encontramos a la clase política como contraria a sus intereses y a una clase baja que aparece como factible de manipulación.

Bibliografía

- Barbero, M. (2003): “Técnicidades, identidades, alteridades” Revista Diálogos de la comunicación nº 8 y 9, p.17. Buenos Aires.
- Bevilacqua, L. (2010) “La conformación del imaginario social en las Asambleas Barriales durante la crisis del 2001”. Ponencia presentada al “V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente”, Universidad Nacional de General Sarmiento, 22 al 25 de junio de 2010.
- Brubaker, R.; Cooper, F. (2001). “Más allá de “identidad””. Apuntes de Investigación del CECYP, año V- nº 7, Abril de 2001. Fundación del Sur, Buenos Aires.
- Castells, M. (2001) “La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol II. El poder de la identidad”. Editorial Siglo XXI- Alianza, Madrid.
- Cerruti y Grimson (2008)
- Diani, M. (1992). “The concept of social movement”. Sociological Review
- García Canclini, N. (1995). “Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización”. Editorial Grijalbo, México.
- Godio, J. (2006). “El tiempo de Kirchner. El devenir de una ‘revolución desde arriba’”. Buenos Aires, Letra Grifa ediciones
- Halbwachs, M. (2001). Los marcos sociales de la memoria. Barcelona, Anthropos
- Javaloy, F. (2001)
- Klapp, O. (1969) “Collective search of identity”. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston net: The role of social comparisons, legitimacy, appraisals, and group membership. Advances in Experimental Social Psychology.
- Landi, O. (1992). “Devórame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente, que hace la gente con la televisión”. Planeta, Buenos Aires
- Levinas, E. (1993). “El tiempo y el otro”. Paidós, Madrid.
- Major, B. (1994). “From social inequality to personal entitlement
- Masseroni, S. (2006) “Experiencia y memoria en la investigación social”, Colección Investigación y Tesis, MNEMOSYNE, Buenos Aires.
- Melucci, A. (1989). Nomads of the present: social movements and individual needs in contemporary society. Londres. Hutchinson Radins.
- Ortiz, R. (2005). “Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo”. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

- Reicher, S. (1982). "The determination of collective behavior". En Tajfel, H. (ed.): Social identity and intergroup relations. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schuster, F. y otros (2002). "La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001". Buenos Aires, Informe de coyuntura n° 3, IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Sherif, M. y Sherif, C. (1974) "Psicología social". Harla, México.
- Smelser, N. (1962) "Teoría del comportamiento colectivo". Fondo de Cultura Económica, México
- Taylor, V. (1989). Social movement continuity: The women's movement in Abeyance. American Sociological Review, 54, 761-75.
- Tilly, Ch. (1978) From mobilization to revolution. Reading: Addison- Wesley.
- Touraine, A. (1974). Introducción a la sociología. Barcelona: Ariel (1978)
- Tubino, F. (2004). "La impostergable alteridad: del conflicto a la convivencia intercultural". Red Internacional de Estudios Interculturales (RIDEI), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.